



Otra Voz

Augusto La Fere

Ars Verbi

OTRA VOZ

AUGUSTO LA FERE

OTRA VOZ

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2026

Créditos

Otra Voz

© 2026 Augusto La Fere
Publicado por *Ars Verbi*TM
Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988753-7-4

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons Atribución
— No Comercial — CompartirIgual 4.0 Internacional (CC
BY-NC-SA 4.0). Podés compartir y adaptar esta obra, siempre
que:

- Atribuyas el crédito al autor;
- No la uses con fines comerciales;
- Publiques obras derivadas bajo la misma licencia.

Para más detalles, visitá:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>
<https://arsverbi.com.br>

Dedicatoria

A quienes se detuvieron ante una cosa mínima
y dejaron que la tarde les tocara la frente.

A quienes oyeron en el fondo de un vaso
el lento movimiento de un río sin agua.

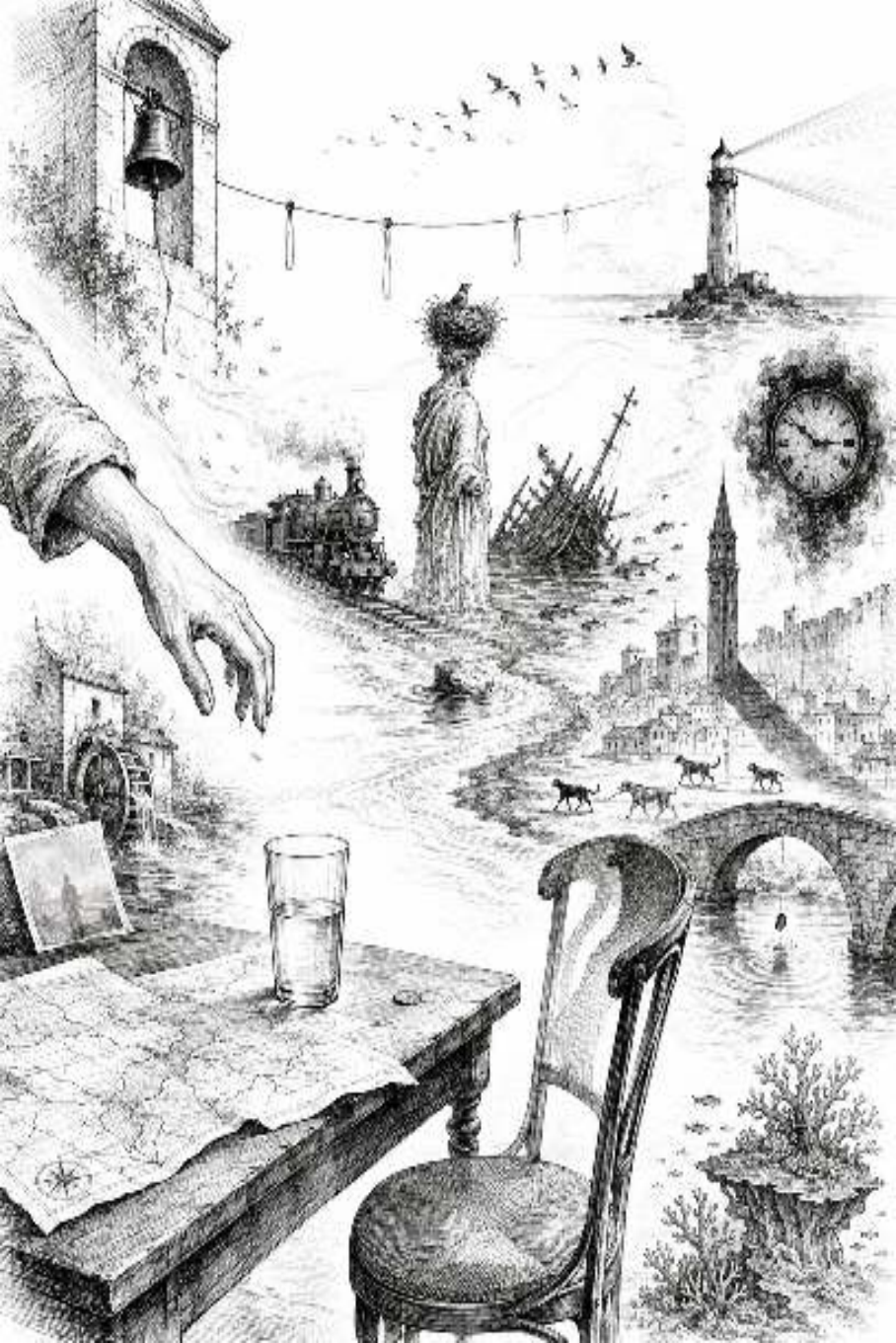
A quienes supieron que una piedra también guarda
la temperatura de una mano ausente.

A quienes encontraron en la silla vacía
no un cuerpo, sino la curva secreta
de su permanencia.

A quienes comprendieron sin decirlo
que toda cosa callada abre, muy despacio,
su otra voz.

"Las cosas callan
porque escuchan
más lejos que nosotros.

Cuando la voz se retira,
la materia aprende
a decir su sombra."



Dudé horas.

El cuerpo
cabía entero
en la sombra del zapato.

La cocina siguió.

El motor de la heladera.

Un vaso.

Agua por la mitad.

Esperé
que se moviera otra vez.

No por él.

Por el gesto.

Hay cosas
que atraviesan
hacia el lado de las cosas muertas
antes del golpe.

Y quedan.

Durante años,
la silla mantuvo
el hundimiento exacto
del cuerpo.

Aun vacía,
siguió cediendo.

Nadie se extrañó.

Hay pesos
que dejan de exigir presencia
para seguir ocurriendo.

Hay cuerpos
que aprenden temprano.

La silla también.

En la oscuridad,
sin nadie,
ensaya
la curvatura
de un peso
que ya no está allí.

Pasó la tarde entera
ajustando la distancia
entre dos palabras.

Afuera,
el camión descargaba cajas
y el motor seguía encendido.

El humo
entró primero por la ventana,
después por las hojas
sobre la mesa.

Al final de la tarde,
las dos palabras estaban separadas
por el tamaño exacto
de un cuerpo acostado.

En la escalera del edificio,
el hombre leía sus propios versos
con la garganta llena de humo.

La sílaba arrastraba
el mismo olor
de las botellas vacías.

Cuando terminó,
nadie habló.

El humo
cae por las escaleras
como quien baja
para encontrar otro muerto.

La llama se inclinaba despacio
siempre hacia el mismo lado.
No había corriente de aire.
No había ventana abierta.

La mecha, corta.
El fuego aprendió solo
a hacer curva.

La cera escurría por un solo lado.

La sombra de la lámpara
ocupaba media pared
y gemía bajo
cuando alguien pasaba.

Después de un tiempo,
nadie preguntó más
por qué insistía la llama.

El aire, derrotado,
imitaba la inclinación.

En el piso, un círculo perfecto
de cera endurecida.

Y ningún viento
capaz de explicar
lo que allí se repetía
todas las noches.

Pasaron años
intentando alcanzar
una voz menos estrecha.

Ensayaron palabras anchas.
Vocales abiertas como puertas.
Consonantes que rodaran
por el suelo de la sala.

A las dos de la mañana,
la lámpara del pasillo
se encendía.

47 segundos.
El mismo zumbido.

Cierta noche,
alguien se quedó quieto
debajo de ella.

No dijo nada.

La lámpara se encendió
en el mismo intervalo.

Pero la sombra del cuerpo
aprendió sola
a ocupar el suelo
como quien espera
una voz que no vino.

La niebla
permaneció algunos minutos
sobre el campo vacío.

Cuando se fue,
el campo tardó
en recordar
que estaba vacío.

Después,
el aire
siguió solo.

Hacía horas
observaba el humo inmóvil
entre la lámpara y el techo.

A veces desaparecía.
Después volvía.

Ya no sabía
si el humo se movía
o si era el ojo
el que se cansaba y reiniciaba.

Solo muy tarde,
cuando el brazo ya hormigueaba
y la boca tenía el gusto
de una frase olvidada,

la lluvia afuera
no mojaba nada.

Tenía la certeza
de que el sonido
venía de dentro del cráneo.

Pero no podía dejar
de escuchar.

Años de moho, en caja,
devoraron los márgenes del tiempo.

El papel, cediendo a la sombra,
entregó la identidad al polvo.

Antes de que el resto partiera,
el rostro, punto ciego,
fue lo primero en ser olvidado.

Antes del llamado,
el silencio ocupaba las habitaciones
un volumen sólido, sin rendijas.

Las voces, suspendidas,
pesaban el aire, indecisas,
sin saber si su destino
era el grito
o el retroceso
hacia la sombra de la garganta.

En el instante que antecede al anuncio,
el sonido tantea la oscuridad
hasta que la propia voz se nombra.

Las aves cambiaban de rumbo
al mismo tiempo.
Una corriente invisible
corta el cielo.
Las aves vienen después.

Desde el suelo, la mirada siempre atrasada.
La cabeza gira;
los ojos, detrás de los ojos,
pierden el rastro.

Una tarde, no miró.
La mano sobre el pecho,
el corazón, de un sacudón,
también cambió de dirección.

Levantó la cabeza.
El cielo estaba vacío.

El pecho
latiendo hacia el lado equivocado.

Siglos de río
en la misma insistencia.

La piedra cedió milímetros.
La orilla, al fin,
asimiló el curso.

Los mapas, después:
natural.

Durante años,
las sirenas dividieron el día.

Los cuerpos cruzaban
antes de que el sonido terminara.

Después de que todo se detuvo,
un hombre siguió
despertando de madrugada.

El pecho ya sabía la hora.
La sirena, no.

Miles de insectos
cortaron el cielo en un solo bloque.

Desde el campo, la ilusión de humo:
un volumen denso, grisáceo,
en tránsito.

Al caer la tarde,
los márgenes retuvieron el resto
alas presas, detritos de vuelo.

En los días siguientes,
el aire masticaba el vacío.

La fotografía permaneció
años sujeta al mismo clavo.

La luz borró primero
los rostros del fondo.
Después,
las manos.

El blanco avanzaba despacio
sobre el papel,
sin alterar la posición
de los cuerpos.

Alguien, en la pared de al lado,
tenía la sombra
más nítida que los retratos.

El paisaje, al fondo,
seguía claro.
Como si la demora
no fuera con él.

El gato aparecía en los tejados
con el lomo encendido
por la luz de los postes.

Las latas temblaban primero.
Después,
el silencio de los patios
se volvía más corto.

De madrugada,
un pecho despertaba.
La casa quieta.
El pecho esperando
el ruido de las latas.

Las latas ya no temblaban.

En el subsuelo,
los archivos respiraban calor.
Los cajones se dilataban
milímetros por verano.
Los empleados cambiaban de sector.
Los formularios,
no.

La puerta del subsuelo
tenía el peso
de una cosa que no quería abrirse.

El brazo derecho,
después,
amanecía más pesado.

Las luces permanecían inmóviles
sobre la represa.
Ninguna estrella sostenía
aquella distancia del horizonte.
Los perros ladraban al agua.

En la tercera noche,
el reflejo apareció primero en el lago
y solo después en el cielo.

Después de eso,
los pescadores dormían
con los pies torcidos.
La nuca dolía
como si la gravedad
se hubiera dado vuelta.

Durante el invierno,
el castillo mantenía encendida
una sola ventana.
Ningún criado subía hasta allí.
Ninguna puerta destrabada
después del atardecer.
Todas las mañanas,
el fuego aparecía alimentado.

En la ciudad,
nadie miraba hacia arriba
cuando caía la nieve.
La nieve olía a ceniza.
Y la ceniza no venía de ningún lugar.

Condenaron el reloj antes de la aurora.
Las agujas, inmóviles bajo el hollín,
guardaban en los metales algún vértigo.
Ningún juez tocaba el engranaje.
El polvo subía lento.

Alguien abrió la sala, muy tarde.
El silencio mantenía la arquitectura.

Las manos de quien entró
quedaron negras.
El agua no limpiaba.
El hollín volvía solo.

Las manos siguieron negras.
El tiempo, dentro del engranaje,
continuaba.
Pero ahora era otro tiempo:
el que ensucia los dedos
y ya no sale.

La lluvia de la madrugada dejaba en las calles
un brillo viscoso de fruta podrida.

Los vehículos atravesaban la niebla
como animales cansados de cargar perfume.

En las esquinas,
rostros pálidos respiraban algo que olvidaba.
Ninguno de ellos sabía distinguir
el humo de la luz
del humo que salía del pecho.

Al amanecer,
las superficies mostraban la ciudad
con algunos segundos de atraso.

Alguien, ante el espejo,
esperó su propio rostro.
Cuando vino,
era otro.

Los perros atravesaban la ciudad
por calles que no conocían.

Seguían olores antiguos,
corrientes de aire,
restos de alguna cosa
que nadie buscaba más.

Al caer la tarde,
aparecían del otro lado.

Los hombres dibujaban mapas.
Los perros,
sin mapa,
llegaban primero.

Y los mapas,
siempre después,
dibujaban el lugar
donde los perros ya no estaban.

Una corona olvidada
en la cabeza de la estatua.

Las palomas retiraban hilos,
pajas,
papeles livianos.

A lo largo de los meses,
el nido crecía.

Cuando la plaza amaneció vacía,
la piedra seguía coronada.
El nido pesaba
lo mismo que una corona.

Pero no tenía apuro
por ser nada.

Interludio

Antes de tocar la mesa,
la mano se detuvo
en el aire.

No por miedo.

Por esa breve demora
en que el cuerpo aprende
que cada cosa
tiene un umbral.

El vaso estaba allí.

No brillaba.

Recibía la tarde
por un lado apenas,
como si la luz
hubiera elegido
una sola parte del vidrio
para entrar en el mundo.

Dentro,
el agua sostenía
una claridad inmóvil.

Ningún río pasaba por ella.

Sin embargo,
algo en su fondo
insistía en curvarse
hacia una distancia
que la habitación
no contenía.

La silla,
un poco apartada,
guardaba la inclinación
de quien se levantó
sin terminar de irse.

La madera conocía
ese modo del cuerpo
cuando abandona un sitio
y deja en el aire
una segunda espalda.

Sobre la mesa,
el mapa permanecía abierto.

Había líneas,
nombres,
costas,
montañas reducidas
a signos pequeños,
ríos obedientes
al pulso de la tinta.

Todo parecía caber allí.

El puerto,
la frontera,
la ciudad junto al valle,
el bosque,
el camino que subía
hasta un lugar
donde nadie había estado.

La mano bajó despacio.

Tocó primero
el borde del papel.

Después,
la región azul
donde el río cambiaba
de dirección.

Bajo la palma,
la tinta se calentó.

No era sangre.

Era el mapa
recordando por un instante
que toda línea
nació de una distancia
antes de recibir un nombre.

Afuera,
la tarde descendía
por los muros.

Una cuerda vacía
atravesaba el patio.

No había ropa.

Pero la cuerda mantenía
la leve curvatura
de lo que alguna vez
la obligó a ceder.

Más allá,
un perro cruzó la calle
sin levantar la cabeza.

No buscaba puerta.

Seguía un olor
que no pertenecía
a ningún presente.

El viento llegó después,
muy bajo,
rozando las macetas,
la sombra de la reja,
el borde de una hoja
olvidada en el suelo.

La habitación no cambió.

Pero todo quedó
un poco más cerca
de su propio secreto.

El vaso,
del lado del agua.

La silla,
del lado del peso.

El mapa,
del lado de los nombres.

La cuerda,
del lado de la forma
que ya no necesitaba tela.

La mano,
del lado de aquello
que toca
y al tocar
se retira.

Durante mucho tiempo,
nadie dijo nada.

El silencio no estaba vacío.

Tenía pasajes.

Iba del vidrio
al labio ausente.

De la silla
a la espalda borrada
del aire.

Del mapa
al animal
que cruzaba primero.

De la cuerda
a los hombros
que alguna vez
llevaron una camisa
hasta la luz.

Cada cosa permanecía
en su sitio,
pero ninguna
estaba cerrada.

El vaso ofrecía
una profundidad mínima
y en esa profundidad
cabía una lluvia
que no caía.

La silla sostenía
una pausa
más antigua
que el descanso.

El mapa extendía
sus caminos
sobre la mesa,
aunque sabía
que los cuerpos
siempre llegan
por otro lado.

La cuerda atravesaba
el patio
como una frase
dejada en alto
antes de concluir.

Entonces la mano
se movió.

Muy poco.

Apenas lo necesario
para que el papel
dejara de estar cubierto.

En el lugar
donde había estado la palma,
el río del mapa
parecía más oscuro.

La frontera,
menos segura.

El puerto,
más próximo
a su propia agua.

Nadie corrigió
la línea.

Nadie cerró
el mapa.

La tarde siguió entrando,
ya sin tocar una cosa
por vez.

Entró en el vaso,
en la silla,
en la cuerda,
en la mano retirada,
en el papel abierto,
en el perro que ya no se veía,
en la calle que continuaba
fuera de toda ventana.

Por un instante,
la habitación entera
pareció respirar
con una lentitud
prestada por las cosas.

No era una voz.

Todavía.

Era apenas
el temblor anterior
a toda voz.

El punto exacto
en que el mundo
se inclina un poco
hacia quien escucha.

Después,
el vaso permaneció.

La silla permaneció.

El mapa permaneció.

La cuerda permaneció.

La mano,
junto al cuerpo,
ya no tocaba nada.

Pero el aire
entre la mano y la mesa
había cambiado.

Y allí,
en esa distancia mínima,
donde ninguna cosa
se movía
y todo seguía ocurriendo,
algo abrió despacio
su otra voz.

Y la voz, ya abierta,
no necesitó techo.

La campana permanecía
en la torre más alta.

La llamaban
por el nombre del fundador,
por el nombre del santo,
por el nombre de la ciudad.

A lo largo de los siglos,
el bronce respondió
a todos ellos.

Ninguno quedó.

Cuando el viento atravesaba
la concavidad del metal,
el sonido llegaba a la plaza
como un perro
que atiende por cualquier nombre
pero no espera
que nadie lo llame.

Una moneda cayó
entre las tablas del puente.

El brillo apareció
una sola vez
entre la corriente.

Después,
el río continuó.

El fondo del río
quedó con el peso exacto
de una moneda
que nadie iba a buscar.

Los astrónomos cambiaban
el nombre de las estrellas.

Una recibía el nombre
de un rey.
Aquella,
de una diosa.
Otra,
de un navegante muerto.

Siglos después,
los nombres llenaban libros.

La luz seguía
atravesando la oscuridad.
Entraba por las lentes.
Encendía los observatorios.

A veces,
sin querer,
apagaba un nombre
al pasar.

Las mareas
suben hasta donde pueden.

Los puertos,
hasta donde dejan.

El océano
aprende el muelle.

El muelle,
el océano.

Entre los dos,
la línea de agua.

Las ballenas aparecían
mar adentro.

Primero el lomo.

Después el soplo.

Después el agua cerraba
sobre el lugar.

Los navegantes seguían viaje.

El mar guardaba
el paso
sin conservar
la forma.

xxx

Los lobos
enseñaban al invierno
a atravesar el bosque.

La nieve aprendía.

Los pinos,
también.

Cuando los lobos partieron,
el invierno siguió
sabiendo el camino.

En lo alto del acantilado,
primero el viento;

después,
los insectos;

después,
las semillas;

mucho después,
los árboles.

La piedra seguía
donde siempre estuvo.

Pero ya no aparecía.

Siete veces
la campana atravesó el valle.

Siete veces
las ventanas devolvieron el sonido.

Siete veces
los perros levantaron la cabeza.

En la octava,
el valle entero
ya sabía.

Ni siquiera sabemos qué.

Llegaron las golondrinas.

Nadie llamó.

Nadie anunció.

Nadie explicó.

Al final de la tarde,
el cielo estaba diferente
de pájaros.

Los corales crecían.

Pez tras pez,
corriente tras corriente,
marea tras marea.

Ninguno de ellos veía
la forma entera.

Siglos después,
una isla.

Las caravanas
atravesaban
el desierto.

Partían livianas.

Volvían sin oro,
sin especias,
sin noticias que valieran
una nueva travesía.

Aun así,
los camellos traían
el olor de las tierras distantes
prendido al pelo.

Las tiendas reconocían
el viaje
antes que los hombres.

Los monjes del monasterio
giraban las ruedas de oración.

Muy lejos de allí,
los glaciares descendían
por las montañas.

Nadie llevaba mensajes
de un lugar al otro.

Aun así,
los dos sabían
trabajar despacio.

La muralla cercaba la ciudad
desde hacía tanto tiempo
que los niños aprendían
sus contornos
antes que las calles.

Los guardias cambiaban.
Los portones cambiaban.
Las banderas cambiaban.

De tanto en tanto,
alguien anunciaba
una nueva frontera.

La piedra escuchaba.

Al día siguiente,
seguía cercando
el mismo horizonte.

El bibliotecario
cambiaba los libros de lugar.

A la semana siguiente,
los lectores buscaban
en los estantes equivocados.

Los libros seguían
apareciendo,
como si ya supieran
dónde los buscarían.

El relojero atrasó
todos los relojes de la ciudad.

Al mediodía,
las palomas llegaron
a la hora de siempre.

Los caballos de la guardia
atravesaban la plaza
todas las mañanas.

Las herraduras
marcaron la piedra.
Los años,
también.

Cuando cerró el cuartel,
la plaza siguió
recibiendo lluvia,
mercaderes,
niños,
fiestas.

Las marcas permanecieron.
Nadie recordaba
el nombre de los caballos.

La piedra,
sí.

Durante semanas,
el mismo banco de la plaza
recibió el sol de la tarde.

Primero los jubilados.

Después los estudiantes.

Después una mujer
que traía pan
en una bolsa de papel.

Las palomas aprendieron
el horario.

Los perros,
también.

Cuando cambiaron el banco
por otro más nuevo,

las palomas se posaron
en el lugar antiguo.

El sol,
también.

Los buzos descendían
hasta el casco del navío.

Linterna.
Cuerda.
Aire comprimido.

Allá abajo,
las ventanas seguían abiertas.

Peces atravesaban
los corredores.

Una mesa todavía estaba fija
al piso.

El mar reorganizaba
las habitaciones
sin consultar el plano.

Durante la sequía,
el molino se detuvo.

Las aspas quedaron inmóviles.

Las hierbas crecieron
entre las piedras.

Los gorriones se posaban
donde antes pasaba agua.

Cuando volvió la lluvia,
el molino giró despacio.

Como quien prueba
su propio nombre.

En la frontera,
los mojones de piedra
dividían los campos.

De un lado,
trigo.

Del otro,
trigo.

Los cuervos se posaban
indiferentes al tratado.

El viento atravesaba
las cercas.

En verano,
la cosecha maduró
a la misma velocidad.

La locomotora fue llevada
al museo.

Pulieron el metal.

Cambiaron las placas.

Instalaron cuerdas
para impedir el tacto.

Los niños pasaban
la mano a escondidas
sobre la carcasa.

El hierro conservaba
una temperatura
de viaje.

Las colmenas ocupaban
la orilla del huerto.

Primavera tras primavera,
el mismo tránsito.

Las abejas regresaban
cargadas de polen.

Los árboles,
de flores.

Al final de la estación,

ninguna de ellas
podría explicar
el huerto.

Al caer la tarde,
la sombra del campanario
atravesaba los tejados.

Primero una chimenea.

Después un patio.

Después la calle principal.

Los habitantes aprendían
la hora
por la caminata de la sombra.

Cuando construyeron
un edificio más alto,

la tarde necesitó
buscar otro camino.

El farero anotaba
el estado del mar.

Niebla.

Corriente fuerte.

Viento del sur.

Durante años,
la caligrafía cambió.

Las páginas amarillaron.

Las tormentas recibieron
nombres diferentes.

En una de las últimas entradas,
escribió apenas:

"luz visible."

Era todo
lo que el mar necesitaba saber.



Nota biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, Brasil, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi*TM, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus publicaciones destacan "*Cinco Formas*", "*Buscando a Borges*", "*¿Y Ahora?*", "*Diálogos*" y "*El Libro de los Restos*". Vive y trabaja en Buenos Aires, Argentina, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, fuente tipográfica de código abierto diseñada por Georg Duffner, inspirada en los tipos de Claude Garamont y Robert Granjon, conforme al espécimen Egenolff-Berner, publicado por Conrad Berner en 1592. La fuente se distribuye bajo la SIL Open Font License 1.1. Su elección acompaña la arquitectura formal de Otra Voz por su equilibrio entre claridad, contención y espesor histórico. Su dibujo clásico favorece una lectura pausada, con suficiente nitidez para sostener el verso breve y suficiente densidad para preservar la gravitación interna de cada imagen.

Edición digital finalizada por *Ars Verbi*TM, en Lapa, Paraná, Brasil, en año de 2026.

Hay cosas que no levantan la voz. Permanecen en la mesa, en la piedra, en el vidrio, en la luz, hasta que alguien aprende a oírlos sin romper su silencio.

Otra Voz

Augusto La Fere



Otra Voz es un libro sobre lo que permanece cuando el ruido se aparta.

A través de objetos mínimos —un vaso, una silla, una piedra, un mapa, una cuerda, el agua— estos poemas escuchan lo que no se dice.

Cada cosa guarda una inclinación hacia lo esencial.
Cada tarde, una luz que no se impone.
Cada vacío, una forma de presencia.

La poesía aquí no explica: recibe.
No comienza: acompaña.

Para quien aún sabe detenerse
y escuchar la voz secreta de las cosas.

Toda cosa callada abre su otra voz.



ISBN 978-65-668753-7-4



9 786596 876374